

81905

TRES NARRACIONES • Hernández Benítez • Verona Castillo • Álvarez

DESCUBRIMIENTO VEDADO

Manuel Alexis Hernández Benítez

KRISTALLNACHT, LA NOCHE DE LOS CRISTALES

Antonia María Verona Castillo

ENTRE CORCHETES: FOTOGRAFÍA DE UN AMARGO PARENTESIS

Patricia Álvarez León

PREMIOS
DE NARRATIVA
CORTA
HNOS.
MILLARES CUBAS

BIG
860.3
HER
des

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
CONSEJO SOCIAL

COLECCIÓN
VERBOVIVO

②



DESCUBRIMIENTO VEDADO

Alexis Hernández Benítez

KRISTALLNACHT, LA NOCHE DE LOS CRISTALES

Antonia María Verona Castillo

ENTRE CORCHETES: FOTOGRAFÍA DE UN AMARGO PARÉNTESIS

Patricia Álvarez León

PREMIOS DE NARRATIVA CORTA HNOS. MILLARES CUBAS
2006



Las Palmas de Gran Canaria. 2006

© Primera edición, septiembre de 2006:

Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria

C/ Juan de Quesada, 30 - 35001 Las Palmas de Gran Canaria

© "Kristallnacht": Antonia María Verona Castillo.

© "Descubrimiento vedado": Manuel Alexis Hernández Benítez.

© "Entre corchetes": Patricia Álvarez León.

I.S.B.N: 84-96718-29-8

Depósito Legal: GC 636-2006

Diseño de la colección: MAT

Edición al cuidado de: Lothar Siemens Hernández.

Impreso en Gráficas Sabater

El Consejo Social de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, en colaboración con el Vicerrectorado de Cultura y Deportes, estableció y convocó en 2006 varios premios para fomentar la creatividad entre los estudiantes inscritos en dicha Universidad, concretamente los de poesía 'Saulo Torón', los de narrativa corta 'Hermanos Millares Cubas' y los de creación multimedia 'Blas Cabrera'. Para calificar a los distinguidos en la modalidad PREMIO DE NARRATIVA CORTA "HERMANOS MILLARES CUBAS" 2006, a las 18.30 horas del 5 de junio de 2006 se reunió el jurado, compuesto por los siguientes miembros de la ULPGC: don Lothar Siemens Hernández, Vicepresidente y Presidente en funciones del Consejo Social, don Manuel Lobo Cabrera, Rector Magnífico, doña Alejandra Sanjuán Hernán-Pérez, Vicerrectora de Cultura y Deportes, los doctores doña Yolanda Arencibia Santana y doña María del Prado Escobar Bonilla, profesoras del Departamento de Filología Española, Clásica y Árabe, don José Luis Correa Santana, profesor del Departamento de Didácticas Especiales y don José Alonso Morales, Vocal del Consejo Social, quienes de acuerdo con las bases establecidas acordaron lo siguiente: declarar como ganadores del "I Concurso de Narrativa Corta 'Hermanos Millares Cubas' 2006" a los siguientes trabajos presentados: Primer Premio a "Descubrimiento vedado" de Manuel Alexis Hernández Benítez; Segundo Premio a "*Kristallnacht*, La noche de los cristales" de Antonia María Verona Castillo, y Tercer Premio a "Entre corchetes: fotografía de un amargo paréntesis" de Patricia Álvarez León. Los premiados obtienen las dotaciones estipuladas en las bases del concurso y la edición de sus respectivas narraciones en el presente volumen.

DESCUBRIMIENTO VEDADO

Alexis Hernández Benítez

Era cierto.

Todos esos rumores, todas esas advertencias eran ciertas y ahora se acercaban por el pasillo. Su inexorable destino se anunciaba de forma cruel con el sonido de firmes pasos. Deseó con todas sus fuerzas que fueran los apáticos y enervantes pasos de las “chicas” de la limpieza, aquellas que aparecían por su despacho solamente los días previos a una ponencia, pero una vez más, y de forma instantánea, su raciocinio cayó como una losa esfumando cualquier esperanza; era viernes noche. Encontraría antes un estudiante que alguien del personal de limpieza. De igual forma eran pasos decididos, de una persona que sacude, arremete, y exprime la vida, y no de alguien que se deja exprimir por ella. Ya había descartado a todos sus compañeros de laboratorio y a todos los investigadores del seminario. Las posibilidades que se agolpaban en su cabeza eran todas aterradoras.

Comenzó a sudar barrancos que rápidamente serpenteaban su cara de científico solitario (los únicos que existen), y pensó que debía estar sudando toda la saliva que echaba de menos en su boca. De repente, un nuevo e inquietante sonido lo sacó del embotamiento que le producía el pánico para rápidamente sumergirlo en otro embotamiento mayor, en un nuevo nivel de miedo que lo enraizó firmemente a su silla. El sonido fue como

el que se produciría si rompíes una nuez con una sandía, y seguidamente escuchó otro sonido, esta vez seco, menos visceral. Éste último le recordó a los sacos de carbón que descargaba su abuelo, chocando con el suelo. Esa evocación, su infancia, le pareció tan lejana como apetecible, pero la sinfonía de sonidos no cesaba. Sonidos que eran como puñales asestados a su valor y que, cada vez estaba más seguro, componían la banda sonora de su muerte. Al sonido de sacos de carbón le siguió un diálogo de mirlos bajo el mar, para posteriormente, dar paso de nuevo al estribillo; más pasos.

Cerró los ojos instintivamente para no entorpecer al único sentido que le preocupaba. Sentía como si sus oídos tuvieran todo el peso de su presencia, toda su ánima, y ahora mismo se hallaban en el pasillo, personificados detrás de las columnas fisgando el aspecto de su verdugo. Para su desgracia, ni su imaginación ni sus ojos se encontraban con ellos y el doctor aún temía a algo desconocido. Algo tan incierto como inevitable que avanzaba hacia su laboratorio, la celda en la que vivía.

Estimó que debía estar ya a tan sólo cinco ó seis metros de su puerta, delante del casillero del profesorado, justo entre las dos hileras de buzones, que actuaban, pensó, con la misma determinación que lo hubieran hecho sus dueños.

Ahora estaría a tres metros.

Sabía que su verdugo caminaba sigilosamente pero pensó que un *Diplodocus* le hubiera provocado menos desasosiego.

Dos metros.

Pensó que sus ojos se debían haber convertido en géiseres para empañar las gafas de aquella manera.

Un metro.

Un pomo y un estómago giran sobre sí mismos.

–Buenas noches profesor Alvarado –susurró la sombra que acababa de consumarse en el umbral.

El profesor contempló la esbelta figura que se adivinaba entre grises, y siguió con la mirada su larga proyección, una sombra que ocupó en un instante toda la estancia. Nunca le había hablado a las sombras y en este caso no sería diferente. No abrió la boca, y sus ojos buscaron ávidamente los del intruso, sin recompensa alguna. La sombra dio un paso al frente para dejar de serlo y convertirse en un hombre. Un hombre que simbolizaba la conjunción de los cánones masculinos, trajeado completamente de negro, y que no tardó mucho en volver a tomar la iniciativa:

—Hágala profesor.

Pero el científico no escuchó, siguió examinando aquel sujeto que desde hacía minutos había roto su parásita rutina y hacía segundos había conquistado su pequeño cuartel. Lo primero que hizo fue fijarse en sus manos, como siempre hacía con la gente. Le decían mucho de las personas y podría llegar a amar o a odiar a alguien por sus manos. Era una rareza que cultivó desde pequeño, y hoy en día podría entregar su corazón por unas delicadas y elegantes manos de mujer. Esta vez no adivinó mucho del visitante (porque apenas las veía), pero no le parecieron unas manos que hubieran pasado una mala vida. Luego observó fugazmente un cuerpo atlético de proporciones envidiables, un rostro de portada del Times, y finalmente reparó en los dos focos que apuntaban hacia él. Sus ojos eran dos enigmas prohibidos que irradiaban sabiduría, control, y autoridad, mucha autoridad. Finalmente lo definió para sí como dos terribles pupilas pegadas a una armonía injusta de atributos naturales.

—Vamos profesor, hágala, adelante. Haga esa pregunta que le azota la punta de la lengua. Rompa ese pánico que le acompaña toda su vida a dejar de ser original, a ser igual que la mayoría. Le aseguro que en estas situaciones todos somos de la misma naturaleza.

Un denso e incómodo silencio se instaló en la habitación.

–Vamos Víctor, aunque odies lo obvio e intuyas quién soy y a qué he venido. Hazla –repetió la misma voz, esta vez disfrazada maternalmente para adquirir una complicidad y una confianza que el profesor no buscaba.

El individuo se había apoyado en una mesa plagada de microscopios, había cogido de una caja unos guantes de látex, se los puso y descansó sus manos pacíficamente en su regazo, e incluso modificó una mueca hasta rescatar una vieja y cautivadora sonrisa.

–¿Por qué? –susurró el profesor cuando colisionó en su interior toda la incredulidad, la incertidumbre y la incomprensión que lo embargaban. Preguntó mientras miraba las virginales y blancas manos del intruso. Para él fue como si su enemigo se hubiera puesto una máscara.

–¡Bingo! Esa pregunta es la primera que se hace toda víctima –dijo –. Sí profesor, víctima, borre ese rictus de extrañeza. Es un insulto a su inteligencia. De hecho, solo hablo con usted porque no suelo apagar muy a menudo, digámoslo así, coeficientes como el suyo. Ya me entiende. No, este trabajo es diferente, incluso despierta interés en mí. Por ello le regalo esta conversación. Por ello lo honro con esta explicación.

–Se trata de los avances que he hecho en mi investigación, ¿verdad?

–Va atando cabos Dr. Alvarado, pero no con la celeridad que preciso. Haremos una cosa, yo empezaré a resumirle la historia y usted lo más que hará será asentir. No se mienta a sí mismo y no intente nada Doc. ¿Puedo llamarle Doc?. Joder, siempre he querido llamar Doc a alguien.

El profesor ya no sentía todos los músculos anclados, ni deseaba tener una mayor caja torácica para así poder contener un corazón que por momentos pensó que le reventaría desde dentro. Quizás era la aceptación. Quizás ese halo de relajación que

impregnaba al desconocido lo había alcanzado. Quizás ambas cosas.

Se apoyó en el respaldo de su silla, que notó dura y fría, y paradójicamente le asaltó la visión de un ataúd. Como si se tratara de inercia volvió a su posición anterior, con los antebrazos apoyados en las rodillas y la cabeza mirando arriba, hacia el visitante, por el que curiosamente comenzaba a profesar cierta admiración.

–Bien, Doc. El protagonista de nuestra historia es un amante de la ciencia. Era tan buen amante que se entregó en cuerpo y alma a ella, y ésta le recompensó con una licenciatura, una tesis doctoral, y unos estudios post doctorado que estaban resultando ser brillantes y muy prometedores. Demasiado brillantes, como irá comprendiendo –y mientras decía esto se levantaba y comenzaba a recorrer el laboratorio, perdiendo la mirada en los complejos aparatos y en la variada instrumentación.

–Su estudio se centraba en lo que muchos de su campo consideraban como un suicidio profesional, una de esas fangosas investigaciones en las que puedes quedarte atrapado años sin ninguna recompensa –continuó–. Usted se interesó por la actividad enzimática y sentó su investigación sobre un castillo de naipes, sobre una frágil hipótesis que planteaba la existencia de una enzima precursora de la actividad neuronal. Afirmaba tener indicios para comenzar la búsqueda de una enzima desconocida capaz de actuar directamente en el desarrollo neuronal. Se trataba de un estudio tan pionero como arriesgado, pero aún así, y en parte debido al aval que suponía su expediente académico, al valiente profesor no le faltaron becas.

El inquietante hombre seguía vagando delante del doctor y tocaba casi todo lo que veía con la curiosidad de un niño. Examinaba con parsimonia e interés exagerado probetas y microscopios, y parecía querer reducir a un segundo plano la

conversación, como si, aún consciente de la atención que despertaba en la otra persona, quisiera convertir en triviales sus palabras. Con su comportamiento, y el enfoque de su historia, realmente buscaba un receptor objetivo, alguien capaz de entender la situación tal y como era. No sería tarea fácil. Una vida pendía de un hilo, un hilo que empezaba a hacerse visible por momentos.

—Contra todo pronóstico, la investigación avanzaba a pasos agigantados y la comunidad científica cerraba bocas, y con admiración esperaba resultados que no se avecinaban muy tardíos. Y de repente, ¡plofff! —exclamó dando una fuerte palmada que, sin embargo, no consiguió alterar a un ya resignado y atento profesor—. Le cortan el grifo. Le retiran todas las becas de manera incomprensible, apoyándose en infantiles argumentos y absurdas explicaciones. A pesar de todo, nuestro lúcido científico no se rinde y reclama y pelea por la injusticia cometida. Todo en vano. Pronto se ve prácticamente obligado a elegir otra área de investigación. Pero el profesor nunca comenzó realmente este nuevo proyecto y, embriagado de pasión y decisión, pide una serie de préstamos bancarios y dedica sus noches a flirtear con un descubrimiento vedado. No hay nada más seductor para un buen científico que un descubrimiento vedado, y éste retoma su interesante y prohibido estudio. E incluso interpreta como bromas pesadas las advertencias anónimas que le llegaban vía mail e ignoraba consejos de compañeros de profesión. Todas ellas decisiones aciagas que han conducido al profesor hasta este momento. Su último momento. ¿Le suena la historia Doc?

—Pero... no, el gobierno no... —contestó negando con la cabeza, que ahora miraba el suelo—. Ellos no se atreverían a...

—¿Quiénes no se atreverían? —Interrumpió el hombre del traje negro—. ¿No lo ve?, ése es el problema, ise enfrenta a un enemigo invisible! Poderoso, implacable, e invisible. Usted no preocu-

paba solamente a un gobierno. Su caso tenía en vigilia a medio mundo, el orden mundial establecido peligraba. Cada avance suyo constituía una amenaza a las sociedades tal y como las conocemos hoy en día. Joder, contésteme a algo, ¿no se planteó si debía? ¿Cayó en el recurrente error científico de no plantearse posibles consecuencias? ¿Soñó con los pros pero no tuvo pesadillas con los contras?

–¿Consecuencias, pesadillas...? ¡Era un sueño! ¡Todo supon-
dría avances para problemas mentales! Si consiguiéramos aislar
esa enzima y entender perfectamente como actúa y en qué
periodos de crecimiento podríamos...

–Veo su enfoque pero usted aún ignora el enfoque que pre-
ocupa –interrumpió nuevamente el sicario–. ¡Su descubrimiento
elimina de un futuro cercano a la gente estúpida y poco inteli-
gente! O incluso a la gente normal. ¿Entiende ahora el miedo y
la reacción de los que dirigen el planeta? Si usted les quita las
masas, los ciudadanos manejables y maleables que suponen la
gran mayoría dentro de una sociedad, ellos perderán tarde o
temprano el poder. Y le aseguro que nada le asusta más a este
tipo de gente. Todo esto sin reparar en el cambio brutal que
sufriría el mundo. Destruiría un mundo clasista que lo es desde
el principio de la historia del hombre. Sin escalones sociales, que
de una forma u otra vienen marcados por la variedad de intelec-
tos, ¿quién sería obrero pudiendo ser médico? ¿Quién quiere
tener el sueldo de un agricultor pudiendo tener el de un archi-
tecto? Y lo peor es que no se ve el límite de este trauma socioló-
gico. ¿De verdad cree que hacen falta en un país cinco millones
de personas con su inteligencia? Yo le digo que un mundo así es
una engañosa utopía, un mundo desequilibrado. Dígame algo,
¿quién le gustaría a usted que apareciese ahora por esta puerta?
Yo se lo diré; un policía, un encargado de seguridad. En el peli-
groso futuro que diseñaba desde la ignorancia no habría muchos

policías, ni panaderos, ni barrenderos, bomberos... ¿Quién se jugaría la vida en su trabajo pudiendo ser un ingeniero doctorado y tener una mansión, tres coches y un yate? Y es que dependemos de ellos y ellos dependen de nosotros. Dependemos de la variedad, del equilibrio social. Ya se lo digo, el caos, con su microscopio descubría solamente caos. ¡Coño!, ¿no veía que colocaba dinamita en los cimientos de la pirámide social? ¿No veía que estaba descubriendo la kryptonita para los verdaderos supermans de este puto mundo?

Se hizo el silencio. El monólogo, de final fogoso, cautivó al profesor. Las palabras del asesino abrieron su entendimiento. Pasaron varios minutos.

–Pffff... –resopló el contrariado Doctor–. Está bien, capto la amenaza, dejaré todo esto y... –comenzó a decir sin convicción alguna mientras hacía gestos de resignación y ojeaba el laboratorio.

–Sigue sin entender nada Doc. Todo lo que le he dicho no ha sido una advertencia. Las advertencias eran todo aquello que ignoraba. Con mis palabras simplemente he querido dar significado a su muerte. No aprecia los regalos. El pobre gordo infeliz con bata que yace en el pasillo no tuvo esa suerte. Él murió sin entender porqué. Si no le hubiera partido la laringe con mis propias manos, y no hubiera visto como balbuceaba y gastaba sus últimos instantes buscando desde el suelo un aire que ya no le salvaría, diría que murió de incompreensión. Pero usted no, usted sabrá por qué muere. No me de las gracias.

El sicario se levantó y se encaminó sin prisas hacia la puerta con intención de cerrarla, mientras el profesor, de mirada incrédula y perdida, susurraba pensamientos: “Profesor Macías...”, “Sandía y nuez; sacos de carbón; y diálogo de mirlos bajo el mar”.

–¿Cómo dice? Espere un segundo, es que soy un romántico, ¿sabe?. De los que piensan que hay situaciones que requieren un

poco de intimidad y de... –y entonces sucedió. Un chute de adrenalina que el profesor ya no esperaba lo regó por dentro, lo levantó de su silla y lo abalanzó contra el asesino. El asesino se dio la vuelta y en lo alto detuvo con su mano izquierda el primer puñetazo. Como si se tratara de un baile de salón, el sicario giró sobre su cuerpo y pasó por debajo del arco que dibujaban las manos sujetas en el aire. De esta forma había retorcido en cierta manera el brazo del profesor, y se había situado a un costado del contrincante. Lo siguiente que percibió Víctor Alvarado fue un intenso y fugaz dolor en la muñeca presa. Todo ocurrió en milésimas, y antes de que mirara la mano herida sufrió por la espalda una llave poderosa en el otro brazo. Casi al instante, el mismo dolor de nuevo.

El asalto sorpresa había sido un fracaso. El profesor se dio la vuelta, se apoyó contra la puerta y observó con asombro sus muñecas. Ambas tenían cortes perfectos donde empezaban las palmas de las manos. Uno era más profundo que otro pero de ambos comenzaba a manar ya un indeseable final. Se dejó resbalar lentamente por la puerta hasta quedar de cuclillas mirándose las manos muertas. Éstas colgaban inertes como dos racimos, y de sus dedos goteaba sangre magenta.

–Ha apostado al caballo perdedor, Doc. Ha apostado por usted. Pero, ¿qué opción le quedaba? Ya que iba a morir lo quería hacer peleando, rubricar un final épico para una vida que no lo fue tanto. Pudo serla, sí, pero, como le he dicho, no entendió cómo funciona este mundo, no vio los engranajes de esta sociedad –dijo–. Bien, ya está hecho. Mañana saldrá su suicidio por los canales locales y en alguna triste columna de algún triste periódico. Ésa será toda la trascendencia de esta noche, porque es la que los de arriba quieren que tenga.

–La gente no se lo tragará –dijo Víctor, venciendo su abstracción con cierta rabia.

–Lo harán. Los medios de comunicación crean verdades para el pueblo, para esas masas que usted inconscientemente desterraba. Y la gente no dudará de la credibilidad de la foto de un científico suicida, con las venas seccionadas, para empezar, porque no les importa.

El profesor sentía que se vaciaba. Se sentía débil, y apenas notó que el asesino le dejó caer algo en su regazo de marioneta. Era un rectángulo perfecto de cristal entintado en rojo. Era un portaobjetos. Un utensilio utilizado en técnicas microscópicas para cubrir las muestras, y se había utilizado como arma homicida. El asesino lo cogió de una mesa durante su charla y lo utilizó con maestría durante el “suicidio”. Víctor estaba somnoliento pero se percató de lo que se trataba. “Un porta”, pensó. “Aquello con lo que nosotros los científicos arropamos nuestras esperanzas. Esas diminutas ventanas de cristal que soñamos se hagan más traslúcidas que la realidad que reflejan y nos deje ver el éxito, nos deje atrapar el descubrimiento, y cómo no, posteriormente nos deje alcanzar el reconocimiento. La mayoría de nosotros no ve a través de ellos más que células, bacterias, texturas, y sobre todo interrogantes. Somos muy pocos los que vemos respuestas, los que vemos ese éxito a través de esa ventanita. Yo vi una respuesta, vi un avance, vi evolución, algo que cambiaría el mundo. Por ello voy a morir, y paradojas del destino, lo que me pudo dar la gloria es la causa de mi muerte”.

–Rece lo que sepa, Doc –dijo el asesino sacando de sus delirantes razonamientos al profesor. Luego se sentó en la silla de Víctor a observar la fúnebre escena. A vigilar su muerto.

–Soy un buen científico... no soy creyente... –dijo la voz de un niño enfermo. Un profesor que quiso llorar pero no encontró lágrimas. Quizás también las había sudado.

–Morirá aprendiendo, Doc. Va a aprender las dos últimas máximas que oirá. Primera; un sólo hombre no puede cambiar



un orden establecido, una realidad. Ni queriendo, ni sin querer. Y segunda; todos terminamos creyendo. Antes o después, tarde o temprano. La muerte siempre ha sido el más poderoso profeta que han tenido las religiones. Créame, la consciencia de la propia muerte, la aceptación de lo inevitable e incierto, hace que el más ateo desee ver a un Dios, a cualquier Dios, cuando todo se vuelve oscuridad.

—El profesor ya no respondió. Se dedicó a morir. Y en su muerte no consiguió proyectar la película de su vida. Pensó que quizás fuera porque sería demasiado aburrida. Sin embargo, y ya entre dos mundos, se concentró en rescatar recuerdos. Recuerdos que se intercalaban con la visión de un hombre muy elegante que lo observaba desde una silla. Una dulce y deseable mirada de una mujer al despertarse. Un folio empapado en lágrimas que enunciaba: “Hay vacíos que lo ocupan todo”. Un hombre en una silla que lo miraba. Una familia celebrando entre carcajadas la navidad con instrumentos improvisados. Un telón negro. Un joven en la calle, de noche, decidiendo un rumbo. Un hombre sentado en una silla que lo miraba. Un telón negro. Eufóricos abrazos de amigos en un vestuario. Un telón negro. Un hombre sentado en una silla que lo miraba. Un microscopio bajo un reloj que marca las cinco de la mañana. Un telón negro. Dos enamorados en un columpio. Un telón negro. Un dibujo esquemático de una neurona. Un telón negro. Una canción que se repite y un hombre que llora. Un telón negro. Un telón negro. Un telón negro...

El moribundo utilizó su último aliento para pronunciar unas palabras que nunca habían salido de su boca, para derrumbar un templo de ideales forjado a lo largo de toda una vida, para dar la razón a un asesino:

—... Oh Dios mío...

El asesino, todavía sentado y atento, contestó con voz fraternal:

—Se lo dije, Doc. Antes o después. Tarde o temprano.

KRISTALLNACHT,
LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

Antonia María Verona Castillo

Mamá está discutiendo con papá. Ella siempre dice que no debo escuchar conversaciones de mayores, pero estoy preocupado porque creo que mamá llora. Además, papá hoy me dijo, cuando le acompañaba a ver a la señora Lichtze, que si mamá necesitaba ayuda, yo ya era mayor y tenía que protegerla.

Tendré que intentar ir despacio hasta la escalera para no hacer ruido. Algunos tablones del suelo crujen al pisarlos, y debo bajar tres escalones para poder ver qué pasa:

–Lo siento, Marco, pero no iremos.

–No podemos faltar, isabes que el *Sabbath* es sagrado! Además, ahora más que nunca nuestro pueblo necesita apoyo.

–¡Ya has oído lo que nos ha dicho Peter! Se han llevado a los Schneider a la fuerza. No pienso dejar en manos de xenófobos nuestro futuro.

–Razona mujer, no podemos dejar ver nuestra debilidad y nuestro miedo. No podemos negar quiénes somos y qué creemos a pesar de las tempestades.

–¡No es una tempestad Marco! Sabes que las cosas empeoran a cada momento. Si Vom Rath muere, el Reich no se limitará a deportarnos. Ya sabes lo que el General Lichtze te dijo hoy cuando visitaste a su mujer. No quiero seguir aquí, y mucho menos ir a la sinagoga a pregonar a los cuatro vientos que no me

importa lo que nos pase a mí y a mi familia, ¡porque sí que me importa!

—¡Angela, deja de gritar! No queremos que los vecinos escuchen que estamos preocupados, porque somos fuertes. Vom Rath no va a morir. No tengas miedo; Yahvé nos protege. Recémosle el *Sabbath* junto al Rabino. No te dejes humillar por ser judía. No hemos hecho nada malo, y no nos van a juzgar por lo que haya hecho un solo judío en su demencia. Todos saben que no creemos en la violencia. Todos saben que somos buenas personas. Creo en Alemania, y sé que seremos libres aquí. Sólo necesitamos creer.

Yo creo, creo en Yahvé, igual que papá. Él siempre me cuenta cuánto hemos sufrido los judíos para poder ser libres. Papá dice que ésta, Alemania, es su tierra prometida, y papá nunca se equivoca. Papá dice que Vom Rath no va a morir, y no lo hará.

Hoy mamá me explicó quién era Herschel Grynszpan. La señora Roth vino muy preocupada esta mañana a la consulta de papá tras conocerse la noticia. Todas las radios hablaban profusamente del hecho acontecido: *“Ayer, 7 de noviembre de 1938, fue perpetrado un atentado contra la vida del secretario de la embajada alemana en París, que resultó gravemente herido tras el disparo del judío Herschel Grynszpan, al parecer, en represalia contra el Gobierno alemán, por deportar a su familia del país. Según un comunicado de Hermann Göring, firmado por el mismísimo Führer, “La familia Grynszpan, de nacionalidad polaca, había sido deportada a su país por algunas irregularidades” y en palabras del propio Göring “éste ha sido un crimen del pueblo judío contra un país que los ha acogido”. La vida de Ernst Vom Rath corre peligro, y su muerte no debería quedar impune.”*

Al parecer era una gran noticia, pero yo no sabía lo que era un atentado, ni un secretario, ni una embajada, aunque sí sabía qué era París; París está en Lübeck, es la playa donde mamá ena-

moró a papá. Como me asusté cuando la señora Roth dijo que íbamos a morir todos los judíos por la locura de Grynszpan, mamá trató de explicarme lo que había pasado:

–No hagas caso a la señora Roth, Adrien. Es muy exagerada –dijo mamá colocándome la gorra–. Verás hijo, algunos judíos han tenido que dejar Alemania por órdenes del Führer –dijo mientras agarraba mi mano–. Y desesperado, el hijo de una de esas familias, disparó a un señor muy influyente del Reich en París, por no ayudar a sus padres y a su hermana a permanecer aquí. ¿Sabes dónde está París, hijo?

–Sí, mamá. París es una playa de Lübeck.

–¿De Lübeck?

–Papá me dijo que París era la arena donde estabas sentada la primera vez que te vio.

Creo que se vio sorprendida cuando se dio cuenta de cuanto sé de geografía, porque sonrió y bajó los ojos hacia el suelo. Siempre hace eso cuando se contenta porque papá le ha susurrado cosas bonitas al oído.

–¿Él también era judío, mamá?

–Sí, cariño.

–Pero los judíos no matamos mamá. El Rabino siempre nos habla de que la fe es más fuerte que la violencia porque pone a Yahvé de nuestro lado.

–Sí, hijo, pero ese joven no tenía fe; para nosotros no era judío.

Antes de cenar el delicioso *Beiguelej* de mamá, rezamos por el señor Secretario. Creo que debía ser muy buena persona, porque papá comentó que esta noche todos los judíos íbamos a estar rezando por él.

Mamá ha roto a llorar en los brazos de papá. Parece desconsolada, pero no consigo entender por qué está tan atemorizada.

No comprendo a qué tiene tanto miedo. Ella sabe que papá nunca miente, y él le ha asegurado que Yahvé sanará al señor Vom Rath. Pobre mamá, no tiene tanta fe como papá. Papá la abraza y la besa, y ahora, mamá parece más tranquila.

Mi padre me contó que hace doce años, tuvo que viajar a *Travemünde*, Lübeck, por trabajo. Al parecer, unos señores con mucho dinero conocían su buena reputación como médico, y le pidieron su participación dados los importantes estudios y avances que había conseguido en la cura de enfermedades de la piel. Puso en marcha un programa que permitió ayudar a muchas personas, no sólo tratando sus males dérmicos, sino también promoviendo sus recuperaciones en balnearios como el de Travemünde.

Él siempre me describe Lübeck como la ciudad de las agujas porque, según me ha contado, todos los techos de sus grandes edificios acaban en afiladas puntas. Incluso asegura que una de esas agujas se le clavó en el pecho cuando conoció a mamá.

Una tarde no hace mucho tiempo me explicó cómo la conoció:

—Caminaba al atardecer por la playa, con *Recuerdos de mi vida* bajo mi brazo, cuando vi sentada en la arena a mamá con su preciosa melena rubia. Veía correr lágrimas en sus mejillas, y puesto que me acababa de enamorar, no pude evitar acercarme. Tenía entre sus manos *Werther*, y lloraba desconsolada mientras descubría el final de la historia. Cuando me vio frente a ella, intentó controlar el llanto, pero no pudo contenerlo y acabamos riendo mientras le secaba las lágrimas.

Papá dice que algún día viajaré al París que él mismo visitó, y que así contemplaré por mí mismo lo hermoso que es.

Mi madre es una preciosa mujer con ojos azul intenso. Hay una foto en la mesa del escritorio de papá en la que mamá abraza a la abuela, y se asemejan tanto que parecen la misma mujer.

La abuela, hija de un importante hombre de negocios de Berlín, se convirtió al judaísmo para poder casarse con el joven librero polaco recién instalado en su misma calle. Para el papá de la abuela fue una deshonra, y según mamá, la olvidó como hija. El abuelo Klein se llevó a la abuela de Berlín, y se asentaron en Kiel, donde años más tarde nació mamá.

No puedo evitar nombrar a la abuela cuando hablo de mamá, porque me recuerdan mucho la una a la otra, pero tengo que explicar que mi madre no tiene comparación: es única. Como mamá nadie ha conseguido curarme las rodillas cuando me caigo jugando al escondite con Franz, el vecino.

Franz tiene sólo un año más que yo, pero cree que por tener doce años, ya es más listo y más fuerte. Papá ayudó a curar al señor Sander, el padre de Franz, de cólera; supo a dónde llevarle y estuvo a su lado durante toda la recuperación. Papá siempre estuvo interesado y siguió muy de cerca el trabajo de Santiago Ramón y Cajal; siempre me dijo que era un hombre digno de todos los galardones que había conseguido en su vida, y que gracias a su investigación, muchas personas como el señor Sander pudieron curarse.

El hermano mayor de Franz, Alexander, siempre viene a casa con el pan recién sacado del horno para recordarle a mi padre que le agradecen lo que hizo. Mamá le tiene mucho aprecio. Conmigo es muy divertido y me trata incluso mejor que a Franz. Hoy me ha dicho que soy un gran chico y me he sentido muy orgulloso, porque no es fácil ser un buen judío. Siempre quise tener un hermano mayor, pero ya que no es posible quizás, algún día, pueda jugar y proteger a un hermano más pequeño.

Ya parece que mamá está más tranquila. Apagan las luces y se dirigen a la escalera. Pretendo correr, pero he tropezado.

–Adrien... –susurró– todo va a ir bien, hijo. No tengas miedo por mis lágrimas. Había olvidado que Yahvé está junto a nosotros porque somos buenos judíos.

Me han cogido en brazos para llevarme a la cama. Yo les abrazo. Subimos despacio las escaleras y me arropan. Están sentados en mi cama y me miran y acarician hasta que cierro los ojos.

En mi último parpadeo, veo cómo papá coge de la mano a mamá.

Cierro los ojos.

Hoy es 9 de noviembre de 1938, y mamá no se ha despegado de la radio en todo el día. Cada hora informan de que el señor Secretario sigue grave, y ella reza cuatro oraciones cada vez que terminan las palabras del locutor.

Nadie ha venido esta mañana a la consulta. Papá lleva horas revisando los libros de gastos de la clínica. Debe de ser muy importante contar, porque lo hace constantemente.

–Papá, ¿ los números sirven para algo?

–Los números hacen palpable aquello que no conocemos con exactitud y otorgan realidad a cosas que parecen inciertas o increíbles.

No le he entendido, pero no me importa demasiado, porque sé que él siempre tiene la razón. Algún día comprenderé todo lo que intenta enseñarme.

Mamá está en la cocina preparando la cena... puedo olerlo desde aquí ¡Hoy cenaremos *Braten!*

Papá me ha llamado y me ha pedido que vayamos a la cocina a sorprender a mamá con un beso, y a mí me parece una buena idea. Creo que hay que desconectar la radio para conse-

guir que mamá se tranquilice, así que, en lo que él la distrae yo la apagaré.

Ha sido difícil, pero lo hemos conseguido, aunque nuestra estrategia ha sido descubierta, pero no le importa. El beso que le hemos dado la ha hecho sonreír.

–Ya está la cena.

Tal como ayer, en nuestros rezos en la mesa, aparte de agradecer lo que Yahvé nos ha dado, hemos pedido porque el señor Secretario se mejore. Siempre nos damos las manos para rezar; mamá dice que así nuestros rezos están más cerca y son más fuertes.

Comamos.

El *Braten* está delicioso. Papá siempre halaga la cocina de mamá, y nunca miente, porque los buenos judíos no mentimos.

Se han oído unos gritos que vienen de la calle. Mamá ha agarrado el brazo a papá. Se han puesto muy nerviosos.

Se oyen cristales y golpes cerca de casa, hasta que de repente una piedra revienta una ventana de la consulta. Papá sube corriendo las escaleras agarrándonos del brazo a mamá y a mí, y va hacia el desván. Cambia de rumbo; va hacia la despensa que hay bajo la escalera. Tengo miedo.

–Adrien, quédate aquí dentro. No llores, no grites, no llames a nadie. Vendré a sacarte pronto. No tengas miedo, Yahvé estará aquí dentro contigo protegiéndote. Vendré a liberarte. Yahvé nos salvará porque siempre hemos sido buenos judíos. Te quiere, y mamá también te quiere.

Mamá me besa en la frente.

–¡Papá! ¡No cierres! ¡No me dejes solo! ¡Mamá!

–¡Calla pequeño!

Papá cierra con llave la despensa. Le veo a través de la cerradura. Estoy muerto de miedo. Nunca le había visto tan asustado.

Mi madre ha bajado las escaleras llorando y grita mi nombre. Papá la sigue. ¡Quiero ayudar a mamá! ¡Ella me necesita! ¡Tengo que protegerla! ¡Papá no te vayas, no me dejes!

No puedo dejar de llorar, sólo oigo ruidos y golpes. Han derribado la puerta. Oigo gritos de hombres que insultan a los judíos. Oigo cómo estallan los platos y vasos contra el suelo y las paredes.

Cada vez son más fuertes los gritos de mamá. Grita el nombre de mi padre:

–¡Marco! ¡Marco!

Escucho patadas; oigo como arrasan con la consulta y como tiran las mesas y desordenan todos los papeles.

¡Mamá no grites! ¡Quiero salvarte pero no puedo! ¡Papá me ha encerrado!

–¡Papá, ábreme! ¡Mamá llora y grita!

Se ha oído un golpe mucho más fuerte, como si dos piedras hubieran chocado entre sí.

Se ha hecho el silencio.

¿Mamá? No la oigo.

Ya no llora, ya no grita.

Parece que el salón quedara desierto en un instante. Sólo mi respiración acelerada, puede escucharse ahora dentro de este armario.

Aún oigo algo, pasos... Apenas veo nada a través de esta cerradura, pero lo intento. Veo sombras reflejadas en la pared de la escalera. Parecen varios hombres mirando al suelo. Están estupefactos.

¿Qué sucede?

No veo la silueta de mamá. Puede que papá y ella hayan escapado... ¿Se van los hombres?... Sí, parece que se marchan.

Una sombra señala algo. Avanza... ¡Va hacia la escalera! Cuatro sombras le siguen.

Tengo pánico.

Mi respiración vuelve a tornarse acelerada. Ya casi no puedo respirar.

Los hombres entran en todas las habitaciones, y destrozan todo a su paso... Uno de ellos es Alexander. También parece asustado, ¡Todo el mundo está asustado! Creo que me busca a mí... Necesito que sepa que estoy aquí.

–Alexander –le susurro sin resultado– ...¡Alexander!

Se ha parado. Ha quedado estupefacto al lado del armario. ¡Ya sabe que estoy aquí dentro!

–No hagas nada, Adrien, no digas nada –murmura– sacaré a estos hombres de aquí y vendré a buscarte... Tranquilo...

–Sólo papá tiene la llave, sólo él puede salvarme.

–...No te preocupes... tranquilo. Él vendrá a salvarte. Confía en tu papá.

–¡Por algún sitio tiene que estar ese niño judío! En este pueblo no puede quedar ni un solo asesino de alemanes. El capitán Hübern dijo que en esta casa vivían tres judíos, y nos ha ordenado que no quede ni uno.

–Su padre debió sacarlo de la casa en cuanto se enteró de la muerte de Vom Rath –dijo Alexander–. No hay nada que hacer aquí. Vayámonos.

Los hombres se tranquilizan y siguen entrando en las habitaciones pero ya sin armar escándalo. Parece que se han creído la mentira de Alexander. Alexander no sería un buen judío, porque mamá dice que los judíos no debemos mentir, pero no me importa que él mienta. No tiene las mismas costumbres que yo. Él no va a la sinagoga el *Sabbath*. Es diferente a mí, y le respeto tal y como es. Así dice mamá que debo tratar a las personas.

Bajan las escaleras despacio y ya no causan alboroto, aunque en la calle se sigue oyendo el bullicio. Todos se van, incluyendo a Alexander.

Desde aquí dentro ya no puedo hacer otra cosa que esperar a que papá me rescate. No puedo ver nada, ya se han ido todos. Sólo puedo escuchar el bullicio, que cada vez se oye más lejos... más lejos.

Cierro los ojos del cansancio y de esperar.

Estoy agotado.

Me quedo dormido.

Un tablón de madera de la escalera acaba de crujir. Me ha despertado. Hay alguien. Oigo una llave. ¡Es papá! ¡Viene a salvarme! No puedo ver a través de la cerradura. ¡Ya ha metido la llave! ¡Papá siempre cumple sus promesas!

Se ha abierto la puerta de la despensa, y frente a mí no está quien yo espero... ¡Es Alexander! ¡Está cubierto de sangre!

¿Qué ha sido ese ruido tan fuerte? He oído un disparo.

Bajo la cabeza y veo sangre... me duele el pecho y no puedo respirar.

Frente a mí, Alexander tiembla sujetando una pistola.

Me ha disparado.

Está pálido... llora. Se acerca, lleva algo en la mano. Es *Werther*, el libro de mamá. Está ensangrentado y roto.

—Lo siento señor Steiner. Siento lo que he hecho.

Coloca el libro entre mis manos y se retira llorando cada vez más fuerte.

Se vuelve todo negro a mi alrededor.

Ya no respiro.

He descubierto que hay muchas cosas en las que papá mintió.

El señor Secretario no se recuperó de su grave herida; ni siquiera pudimos ir ese *Sabbath* a rezar por él a la sinagoga. No he conocido el París que robó el corazón de papá. Yahvé no nos rescató, y papá tampoco vino a sacarme del armario,... y, más

importante, papá, estabas equivocado: las matemáticas no sirven para nada.

En la noche del 9 de noviembre de 1938 unos cien judíos, fuimos asesinados por desconocidos, vecinos e incluso, aquellos a los que considerábamos amigos.

Algunos dicen que más de cuatro millones de judíos fueron exterminados durante el tercer Reich. En mi ciudad, Düsseldorf, de veinte mil judíos, sobrevivieron doscientos aproximadamente.

Más de quinientos mil judíos estuvieron encerrados durante años en campos de concentración, pero... ¿para qué sirven las matemáticas, papá? Sólo sirven para convertirnos en números.

Ya para el mundo no somos Marco, Angela o Adrien Steiner, ni la señora Roth, ni el Rabino Gruniak. Ahora para el mundo somos los judíos 0000083, 0000084 y 0000097, asesinados por la Alemania nazi.

“Los números hacen palpable aquello que no conocemos con exactitud y otorgan realidad a cosas que parecen inciertas o increíbles.”

Te equivocaste papá. Nadie que no estuviera allí, palpará jamás en quinientos mil, en doscientos, ni en cuatro millones de números, el sufrimiento y el miedo que nuestro pueblo sufrió bajo el poder de lo que consideraban una nueva y pura “raza”.

Ahora siempre pienso: “ojalá todos hubieran sido *buenos judíos*”.

ENTRE CORCHETES
FOTOGRAFÍA DE UN AMARGO PARÉNTESIS

Patricia Álvarez León

Se abre el corchete [

Está claro que no es lo mismo irse que huir. En este preciso instante, Diana hunde aún más el pie en el acelerador y siente cómo el azote de la velocidad va arrancando poro a poro las angustias de su piel. No es que sea una cobarde, al menos ella no lo cree así. Normalmente, le planta cara a lo que venga, pero hoy no. Hoy ha escapado de manera caótica y radical, sin decir adiós, sin decir a dónde, sin bolsa de viaje, apagando el móvil y los remordimientos y con una lágrima majadera enganchada al ojo que al caer al suelo, con las prisas de la huida, casi le hace resbalar. Y aquí está, sorprendentemente serena y dejando que el coche la lleve hacia algún lugar, sin ser consciente de los cruces que atraviesa, de los semáforos en los que se para, del aparecer y desaparecer del paisaje que la rodea. 20 minutos y fin del trayecto. Levanta el freno de mano, pone punto muerto y gira la llave. Son las seis de la tarde y el pueblo de su madre comienza a adormecerse. Con los tacones casi arrastrándose por el asfalto, llega a la puerta de casa de su abuela. La campanilla, que tintinea al abrirla, le hace esbozar una amarga sonrisa.

—¿Quién anda ahí? —grita a duras penas Doña Edelia.

—Soy yo, abuela, Diana.

—Pasa, que estoy aquí mirando el número.

El número, el de la lotería. ¿Por ganar? Pues no. Aunque suene a tópico, Doña Edelia no para de decir que *de ilusiones se vive* “y cuando uno llega a ciertas edades... ni los médicos ni las pastillas te alargan la vida, sino la ilusión por algo y bueno, para mí es el número, para otros la novela del mediodía... ¿no?”

—¡Jesús! ¡Qué cara tienes! —hace ademán de levantarse— ¿Quieres “agüita”?

—Deja abuela, que ya la caliento yo.

—Bueno, el calderito está en el microondas. Ya verás qué buena está. Esta vez le eché un poco de anís y quedó riquísima. Hija, sonrías, sonrías, pero no dices nada. ¿Te quedas a dormir?

—Sí, hasta el domingo.

De verdad que “el agüita” de su abuela era milagrosa. Con cada sorbo, se sentía más ligera, más arriba, como si levitara y se viera a sí misma sentada en la banqueta y todo lo que la preocupaba no tuviera nada que ver con ella. Con la taza entre las manos y la mochila aún colgada, da un beso a la mejilla arrugada de su abuela y se marcha a la habitación. Los ojos le lloran del cansancio y la cabeza le duele de aguantarse las ganas de llorar. Se recuesta un poco y, sin darse cuenta, los supuestos problemas y las preocupaciones punzantes se vuelven fantasmas confusos que vagabundean un rato por su habitación y acaban desapareciendo por el alféizar de la ventana.

Son las diez de la mañana. Diana se levanta desganada y se asoma por la ventana. Dos mujeres charlan animosamente al final de la calle y algunos niños juegan a la pelota. Se restriega los ojos. En el pueblo de su madre corre ese aire dulzón que tienen las mañanas de los días de fiesta, una brisa ligera que la invita a entregarse a una vida sin agitaciones y al placer de las conversaciones cotidianas. Abre la puerta de su cuarto. Su tía frego-

tea por las esquinas de la cocina, como siempre, una insaciable maniática de la limpieza.

–Buenos días. –Diana se despereza.

–Buenos días, señorita. ¿Qué tal has dormido?

–Mmm... bieeen... normal.

–Bueno, necesito que me hagas un favor.

–Dime.

–Que vayas al cementerio y le cambies las flores a tu abuelo. Yo tengo que hacer un recado.

–Vale. Sí. Yo lo hago.

En otras circunstancias, la sola mención de la palabra “cementerio” la habría aterrorizado. Sentía escalofríos al pensar en esos pasillos solitarios donde la muerte parece mirarlo todo tras una esquina, imaginando astuta cómo hará caer su guadaña sobre esos vivos insolentes que se atreven a admirar su obra. Sin embargo, hoy no tiene miedo. Diría que incluso siente la necesidad de ir, al menos para poder pasar página a ciertos capítulos de su vida. Una ducha rápida y se echa a la calle.

El pueblo no es como la ciudad. La gente no se cruza contigo clavándote miradas de láser que parecen escudriñar tu alma o, al menos, demostrarte que el corazoncito que esconden está igual o más perdido que el tuyo. No. En el pueblo te miran de arriba a abajo, sin reparo ni escrúpulos, queriendo adivinar quién es tu padre, relamiéndose con gusto al pensar en el tema nuevo que sacarán al mediodía alrededor de la mesa. A Diana no le importa, incluso le hace gracia y logra mantener el tipo sin ponerse nerviosa.

Del cementerio salen dos mujeres que no conoce. Las saluda y se dirige a la tumba de su abuelo. Ahora sí está nerviosa. Es la primera vez que viene a “visitarlo” de esta manera y teme que la realidad caiga, irónicamente, como una losa sobre su cabeza. Busca entre las filas de nombres y de flores y la encuentra. Se

queda paralizada. Imagina el cuerpo sin vida de su abuelo yaciendo en ese agujero minúsculo y se le hace difícil respirar.

–¿Estás bien? –Un hombre de alrededor de 60 años la mira desde el fondo del pasillo–.

–¿Eh?... ah, hola, sí, sí, estaba... pensando.

–¿Quién era? ¿Tu abuelo? –se acerca–.

–Sí.

–¡Ay, Alejandrino! Lo conocí. Un buen hombre, trabajador. Sí, señor. Dame esas flores, que les cambio el agua.

–No me despedí de él. –Silencio– Por cobarde. Yo estaba en exámenes y claro, estaba encerrada en mi burbuja estudiando, mi madre me iba contando. Un puente de esos me volví para el pueblo, pero me dio miedo ir a verlo ¿sabe? Es que me habían dicho que había adelgazado muchísimo y que estaba irreconocible. Y claro... yo como soy tan... tan yo... pues no fui... y a las dos semanas murió.

–Bueno, mujer, no te preocupes, seguro que él no te lo tuvo en cuenta. Además, lo importante son los momentos vividos en familia, las veces que le fuiste a comprar cigarros, que le contaste qué habías hecho el fin de semana, que le pedías 25 pesetas para ir al estanco a comprar golosinas... ¿o tú no hacías eso? ¿eh? –El viejo le apretó un poco el hombro un poco preocupado. Diana sonríe agradecida–.

–¿Trabaja aquí?

–Sí. Yo y mi hijo nos ocupamos de vigilar y mantener lo más decentemente posible esta humilde morada.

–¿Usted cree que hay vida después de la muerte? –Diana gira sobre sus talones y enseguida se siente pequeña, porque en ese momento se da cuenta de la conversación que está teniendo. No porque la muerte de su abuelo fuera un tema tabú para ella, sino que el hecho de no haberse despedido era una preocupación

que le oprimía tanto el corazón, que no alcanzaba a explicarse cómo había sido capaz de expresarla—.

—No tengo la menor duda.

—Ya... hace poco tuve un sueño ¿sabe? —Se apoya un poco en la columna de detrás—. Soñé que mi abuelo estaba vivo, y que lo escuchaba bajar por las escaleras de mi casa. Yo me ponía nerviosa, porque sabía que lo iba a ver deteriorado por su enfermedad. Fíjese que ni en sueños tuve fuerzas para salir de mi habitación. Entonces, entró él, como siempre, un poco más delgado, pero él, le di un abrazo enorme y desde entonces, cuando pienso en que ya no está, no me inunda esa sensación de angustia de no haberme despedido, de haber sido cobarde... bueno, es una tontería, es un sueño nada más, pero...

—Algunas veces, los mensajes se transmiten por las vías más insospechadas. Anda, sujeta el jarrón, ya puedes poner las flores nuevas.

—Sí, vale, gracias.

Y después del “gracias”, suelta un hondo suspiro, de esos que barren los rincones escondidos del alma y refrescan los rostros. Es curioso cómo a veces resulta más fácil deshacerse de la coraza y hablar de sí mismos ante un desconocido que ante un amigo.

Es mediodía y el sol vuelve sonrojadas las mejillas de Diana. Se despide del guardián con un “adiós” alegre y sale del cementerio ligera y renovada. Pasa por delante de la tienda de muebles y saluda con un movimiento de cabeza a Don Ignacio que, como cada día, está viendo la televisión sentado en uno de los sofás que tiene a la venta. Sostiene a duras penas su mirada perdida y está como esperando algo, quizá que alguien, que ya llega demasiado tarde, le proponga llevar ese sofá a casa, quizá simplemente que se atreva a arrancarle un cucharón de palabras.

—¡Diana! ¿Eres tú? ¡Muchacha! ¿Qué tal estás?

–¡Saray! ¡cuánto tiempo!

–¿Y tú por aquí?

–Pues... ya ves, estoy quedándome un par de días en casa de mi abuela.

Silencio.

–Ehh... ¿tienes tiempo y nos tomamos un café? Así, me pones al día de tu vida.

–Bueno, vale.

Saray entra por la cafetería saludando a la gente y elige una mesa pequeña al lado de la ventana para sentarse. Hace ¿meses? Diría que hasta un año que no se ven y ahí están, manteniendo la ronda inevitable de preguntas superficiales, y Diana se plantea si todavía existe un lazo entre ellas que las lleve a hablar realmente de quiénes son ahora.

–Bueno, ¿qué es de tu vida? Mi madre me dijo que este año acabas. –Finalmente, Saray no se piensa tanto las cosas y pisa el charco con los dos pies–.

–Eh... sí... a ver. Nunca se sabe.

–¿Y después? ¿qué haces el año que viene?

–Pues la verdad es que no lo sé... estoy bastante perdida con ese tem..

–¿Sí? Pues yo lo tengo más claro que nunca. Diana, no te lo vas a creer, pero me voy a vivir con Juan.

–¿Qué dices? ¿Y eso?

–Pues mira, que él está trabajando ya, yo estoy haciendo las prácticas en una agencia de viajes y me dan posibilidades de contrato y ¡yo qué sé! Nos apetece.

–¡Qué bien! Me alegro por ti. Además, siempre has querido irte de casa pronto y eso.

Diana no sabe qué decir. De pronto, las uñas gatunas y la gruesa raya en el ojo de su amiga le hacen borrosa la imagen de la Saray de faldas arreboladas e inseparable barbie en la mano y

se da cuenta de lo poco que saben la una de la otra y de lo fácil que es responder a eso de:

—¿Te has preguntado alguna vez por qué dejamos de ser amigas, Saray?

—No sé, Diana. ¿Por qué me dices eso? No dejamos de ser amigas nunca. Lo que pasa es que cada una fue tomando su propio camino y claro, la distancia...

Un bocadillo de cómic parece colgarse de la oreja de Diana. “Es una respuesta, pero yo habría dicho otra cosa”.

No hay una definición concreta para el amigo, pero se sabe cuándo una persona lo es, y Saray había dejado de serlo para Diana desde hacía mucho tiempo. En realidad, tenía la impresión de que todo había sido de un día para otro. No era consciente del proceso, ese de primero dejar de llamar por teléfono, luego no quedar, luego, de nuevo las conversaciones frías y simplonas, el socorrido “hola y adiós” y, en el mejor de los casos, algún café compartido por cosas del azar. Ahora que se paraba a pensarlo un poco, todo había sido repentino, como el hecho de observarla en este mismo instante y descubrir que había cruzado la puerta del mundo adulto y, al hacerlo, ni siquiera había echado un vistazo atrás, aunque fuera por mera nostalgia. No, había dejado que el propio peso de la puerta se cerrara tras de sí, haciendo casi impenetrables las luces de un ayer inocente y dulce. Lo peor era descubrir que ella misma estaba frente a esa misma puerta, cruzándola de la misma manera, convirtiéndose en la adulta insípida que siempre negó que llegaría a ser. En definitiva, dejándose llevar por las corrientes frenéticas de la vida.

Después de la, digamos, inoportuna pregunta de Diana sobre la caducidad de la amistad, bastaron un “¿Qué tal tu madre?¿Cuándo presentas la tesis?” para poner fin al encuentro y, más que aliviada, Diana pone rumbo hacia casa de su abuela.

—¿Diana?

Mira hacia el frente con las cejas fruncidas. "¿Quién es ahora?" Si es que ahora entendía cómo su madre salía a dar un paseo por el pueblo y llegaba cuatro horas más tarde...

-Tío Daniel. ¿Cómo estás?

-¿Qué pasó mi niña? Mira, ¿vas para casa abuela?

-Sí.

-¿Por qué no me llevas esta bici? ¿eh? Que luego tengo que pasar a buscarla y ahora tengo que revisar un coche en el taller.

-Eh... claro, sí.

-Venga, y así te das una vueltita. Me voy pitando. Después me cuentas tus proyectos de futuro ¿eh? que tu madre me comentó algo.

Diana agarra con fuerza el manillar y, al igual que sus pies, su pensamiento comienza a pedalear. "¿Proyectos de futuro? ¿Cuáles? Quizás debería estudiar esas oposiciones de las que todo el mundo habla. Encerrarme seis meses en mi casa, poner el cartelito de no disponible y conseguir una plaza fija, un trabajo estable, un buen sueldo..." Sigue pedaleando. "¿Y ya está?, bueno... es lo que más o menos todo el mundo quiere ¿no? Establecerte en un lugar, saber con certeza dónde vas a estar el año siguiente, escalar puestos en tu trabajo, ir a la caza y capturar de un futuro marido, embarazarte... mira Saray, ¡qué contenta estaba!" Diana pedalea con fuerza y llega a un tramo en bajada. "Y ¿qué hacer con esa necesidad que a menudo la aborda? Una necesidad de conocer, de viajar, de hacer cosas diferentes, de planes espontáneos, de dejar huella, de no tener una vida tranquila, de verdaderamente hacer algo..." Es como aquella vez que estaba sentada en clase, escuchando con atención lo que decía el profesor y, de pronto, todo le pareció inútil. Estaban discutiendo sobre el protocolo en un congreso y se sintió egoísta e impotente por estar estudiando algo que no iba a ayudar a mejorar las cosas, por quejarse infinitas veces de lo mal que va el

mundo, “fíjate tú, cuántos inmigrantes”, “cuánta pobreza”, “cuánta contaminación” y, a fin de cuentas, no hacer nada. Sabía que llevaba las cosas al límite, que era una exagerada, pero sentía de nuevo esa necesidad imperiosa de contribuir en algo, al menos para cumplir, en cierto modo, esa decisión ingenua de la “Diana niña” de querer hacer un mundo mejor.

Los frenos de la bicicleta chirrían ante la puerta de la casa de su abuela. Cuando entra, su tía barre el patio y le dice que se lave las manos. La comida está lista.

—¿Y la abuela?

—Ya comió. Está echada en la tele, a ver si se echa una cabezadita. ¿Cómo te fue por el cementerio?

—Bien. Estuve hablando un poco con el guardián.

—¡Vaya! Como si a él le hiciera falta que le dieran conversación... yo cuando voy me vuelve loca. Toma, lo que no quieras, lo dejas.

—Gracias. Huele bien.

—Ahora por la tarde, me voy a un curso que me apunté por el ayuntamiento.

—¿Ah sí? ¡Qué bien! ¿no?

—Sí, pero no creo que lo acabe Diana.

—¿Por qué?

—Porque ahí me siento tonta, no me siento a gusto, ¡qué sé yo! No sé tomar notas y la gente es mucho más joven que yo... ya yo soy mayor.

—¡Ay, tía, por favor! No estés con esas bobadas, después de que tuviste el valor de decidirte, ¿ahora lo vas a dejar?

—Valor es lo que me ha faltado a mí siempre. Valor para salir de este pueblo, pero ya... eso está difícil. A estas edades, cuesta más arrancar las raíces y plantarte en otro sitio. En esta vida, sólo me quedan tres penas: la de no haberme ido a la ciudad cuan-

do tuve oportunidad, la de no haberle dicho que sí a Víctor, en paz descansa, y la de no haber tenido ningún hijo.

–Mira, lo de irte a la ciudad todavía es posible y todos tus sobrinos somos como tus hijos... no puedes darlo ya todo por perdido.

–¡Ay, Diana! Dios te conserve ese optimismo tozudo que tienes... ya yo abrí mi surco y ya no voy a empezar otro, pero sólo te digo una cosa: La vida es un fósforo que se consume en un abrir y cerrar de ojos. No dejes que las horas de tus días se vayan llenando, sino llénalas tú con las cosas que quieres. Y no tengas miedo a hacerlas, aunque elegirlas te suponga un sacrificio. En la vida, hay que decidirse. Es verdad, en cada elección dejas cosas atrás, pero ten en cuenta que también ganas otras nuevas, así que aprovecha las oportunidades que se presentan en tu camino, para que con el tiempo no te arrepientas de nada.

Su tía se levanta de la mesa, recoge el plato y se coloca bien la camisa con una sonrisa apesadumbrada. Por su retina parecen desfilar las tardes de paseo por la avenida cogida de mano con las amigas, moviendo las pestañas a un Víctor joven y viril, los conos de papel llenos de frutos secos en Reyes y las bragas meadas de risa en el patio de la escuela.

Hace una semana fue la noche de San Juan y todavía no se ha acostumbrado a lo largo de las tardes, pero le encanta que la sensación de lo novedoso todavía esté instalada en su estómago. Elige un libro de la estantería y sube de dos en dos los escalones hacia la azotea. El sol acostándose le hace entrecerrar los ojos, pero disfruta con la calidez de su caricia. Los atardeceres de verano tienen ese encanto oculto que le imprime a los momentos un halo de nostalgia y de locura. Abre el libro y relee tres veces el mismo párrafo sin enterarse de nada, así que desliza su espalda por el muro y acaba sentada sobre el suelo rugoso de la azotea. “¿Por qué estoy tan desganada?” se pregunta. Eclipsada



por el único objetivo de huir y acelerar las manijas del tiempo, no se había parado a pensar cómo estaba o qué sentía. Y ahora que lo hace, se asusta un poco, porque nunca antes había sentido una tristeza parecida. Una tristeza que le está carcomiendo por dentro, le encoge los pulmones y la deja indiferente ante la vida, sin batería y sin sonrisa. De todas maneras, lo que le pasa no es tan grave. Sólo ha sufrido un desengaño amoroso, aunque justamente ese amor frustrado ha sido el que ha quitado el esparadrapo a otras heridas recientes e, inevitablemente, ha revelado su estado enfermizo de tristeza. Se restriega la cara con las manos y se deja llevar por los tortuosos caminos de los malos recuerdos.

–Escucha. No sé si debería decir esto, no sé cómo te lo vas a tomar, pero ha llegado un punto en el que necesito saber que todo esto es imposible, para poder seguir adelante.

–¿Qué pasa Diana? Chiquilla, me estás asustando...

–Lo que pasa, Miguel, es que creo que he empezado a quererte, en el sentido más romántico de la palabra –silencio– y estoy súper asustada, porque aunque querer a alguien debe ser algo bueno, querer de esta manera a un amigo es un obstáculo que cada vez se me hace más difícil superar. Y no es sólo eso, el problema es que empezar a querer a alguien implica el riesgo de poder enamorarte y este es un enamoramiento que camina hacia un precipicio y que tiene un alto porcentaje de no ser correspondido –sonríe amargamente– así que... ya sabes por qué he estado tan rara últimamente. Mira, sé que esto viene a estropearlo todo, pero estoy segura de que después de un pequeño paréntesis, volveremos a ser igual de amigos que hasta ahora... en fin, al menos eso es lo que espero. –Miguel se sienta en el sillón y mira fijamente a Diana, pero ésta es incapaz de aguantar su mirada–. Bueno, ahora es el momento en el que se abre un agujero en el suelo y yo me escondo bajo tierra.

Entonces, comienza la interminable carrera. Sin esperar a que se abra el ansiado agujero, Diana agarra su bolso, busca las llaves de su coche y ,andando a grandes zancadas, se monta en él. El trayecto hacia su casa son imágenes desenfocadas, recuerda cómo lentamente fueron aflorando las lágrimas retenidas y las decepciones acalladas. Primero, la lejanía de su hermano y su decisión de llevar su vida al margen de su familia, luego, la rutina de su vida producto de una sociedad que había llegado a despreciar ,pero que no había tenido el valor de cambiar. Después, la amistad disfrazada, también la desconfiada y demandante, por no hablar de su futuro incierto, prefijado, anhelado, anhelos los de un amor vedado, confusión, desprotección y, de telón de fondo, la cobardía y tozudez de no aceptar la irremediable muerte. Todo, sombras oscuras que la empujan a un profundo pozo en el que se siente desamparada, pero donde decide permanecer un rato.

—Hey.

Su hermano Alberto avanza con las manos en los bolsillos y, por mucho que intente ocultarlo, el gesto preocupado. Diana lo observa sin responder nada, aún a sabiendas que viene representando el papel de príncipe encantado al rescate de la doncella en apuros y, aunque ha decidido pertenecer al grupo de las heroínas independientes, descubre que se alegra de verlo.

—¿Qué pasó desaparecida?

—Siéntate aquí. Mira, ¿Ves esa montaña?

—Sí.

—El verano pasado, abuelo estaba arreglando los barrotes de las líneas y me enseñó algo. Fíjate ahora, cuando empiece a oscurecer. Parece que se hace de noche en el pueblo, pero sigue siendo de día en el resto de la isla.

—¿Cómo?

—Espera y verás.

A veces, hace más falta el hecho de simplemente “estar” que hablar. Sólo saber que hay alguien a tu lado, oír su respiración, rozar su piel y tener consciencia de estar compartiendo un mismo momento. Diana observa la atenta mirada de su hermano, quien parece tomar partido en la batalla del día y la noche. Piensa que podría contarle lo que le ha preocupado estos últimos meses. Hablarle de esas pequeñas heridas que no han terminado de cicatrizar o sus proyectos frustrados de un futuro aventurero. Quizá podría hablarle de Migue, de sus ojos de embrujo, de su sabor a jugosa oliva, de su alegría de patio cordobés, capaz de alegrar los rostros más entumecidos o de su abrazo mullido, donde se quedaría a vivir toda la vida. Todo esto no haría más que confirmarle sus antiguas suposiciones, esas que hablaban de un cariño desmesurado, de un deseo escondido, pero sobre todo de los amores que hacen que algunas amistades sean imposibles. Es verdad, no es verdad. Lo cierto es que ya no le parece un problema. Al menos, fue capaz de reunir el valor suficiente como para ir en contra de las tradiciones y los prejuicios siendo ella, mujer, la que se puso de rodillas y siendo también honesta con sus propios sentimientos. También es cierto que no esperó a escuchar nada. Si alguna vez Miguel intentó decir algo, sus palabras fueron acalladas por los pasos de Diana alejándose por el pasillo, tambores que marcaban la ajetreada construcción de unos sólidos corchetes que la protegieran lo más pronto posible de los posibles impactos. Ahora da igual, todas esas heridas no son más que caspas que acabarán por caerse, revelando una Diana curtida y preparada para nuevas caídas. Al fin y al cabo, lo único que necesitaban era unos minutos de atención, un hilo de su pensamiento.

—¿Y entonces? ¿Qué has hecho hoy?

—Pues... hacerle un recado a la tía y, entretanto, pasear, observar, hablar mucho. He tenido unos encuentros muy enriquece-

dores ¿sabes? Me han dejado pensando y creo que es eso lo que necesitaba. Pararme a pensar un rato.

—¿Es eso lo que te pasa? Mamá dice que ayer saliste disparada de casa

Diana mira a su hermano con cariño.

—¿Sabes de esas veces que estás andando por la ciudad y te tropiezas con todo el mundo, hay un montón de coches y los edificios son tan altos que no te dejan ver el cielo?

—Más o menos.

—¿No te has encontrado de pronto, mientras caminabas agobiado, con un parque o una plaza o una avenida amplia que por fin te dejara ver un pedazo de cielo azul o una parte de nube?

—Sí, y es un alivio.

—Exacto.

—¿Qué me quieres decir?

—Sólo que hay veces que necesitamos tomar distancia con la realidad, echarnos a un lado, olvidarnos de que todo sigue su curso sin nosotros y pensar un poco en cómo estamos. Darnos el tiempo justo de tomar un respiro, para luego ser conscientes de cuál es nuestro camino. Y eso es lo que necesitaba, un espacio entre corchetes.

—Vaale, creo que te entiendo, pero... ¿Cuándo piensas poner el corchete de cierre? ¿Te ha bastado con un día?

—Mmm... quizá me haga falta otro, pero no mucho más. Ya te dije, el tiempo justo para tomar un respiro.

—Perfecto, entonces podemos bajar a la cocina. Creo que abuela está preparando chocolate.

—¡Qué bueno! Vamos, bueno, vete yendo tú, yo quiero pasar un momento por la habitación.

—Vale, pero no tardes, que se enfría.

Diana deja el libro sobre la mesilla de noche y abre el bolso que arrinconó ayer detrás de la puerta. Rebusca en su interior y

saca el móvil. Lo enciende con decisión y tranquilidad y se lo pone en el bolsillo trasero del vaquero. Después, se hace una coleta y baja velozmente las escaleras. En la cocina está su abuela tarareando, echando al caldero un poco de cáscara de limón y también mucho amor.

–Niña, ¿ves? Sólo un día aquí y ya te veo más entonadita. Deja que te tomes una buena taza de chocolate para que veas cómo acabas de animarte.

Diana suelta una carcajada y archiva el momento en su memoria. Esa “vieja” *gubernosa* que da ejemplo a toda la familia con su vitalidad y su arranque, los grillos anunciando la llegada de la noche, la mano protectora de su hermano por debajo de la mesa y su tía secándose las lágrimas de la risa escuchando no sé qué chiste por la radio, pero sobre todo, la certeza de que ya no está triste.

Beep. Beep. Nuevo mensaje de Miguel.

ÍNDICE

DESCUBRIMIENTO VEDADO	9
<i>Alexis Hernández Benítez</i>	
KRISTALLNACHT, LA NOCHE DE LOS CRISTALES	23
<i>Antonia María Verona Castillo</i>	
ENTRE CORCHETES: FOTOGRAFÍA DE UN AMARGO PARÉNTESIS	37
<i>Patricia Álvarez León</i>	

Este libro se elaboró
con las tipografías Zapf Humnst, Frutiger y sus variantes.
Se terminó de imprimir el 25 de septiembre de 2006,
víspera de la apertura del
curso 2006-2007
de la ULPGC.

ULPGC. Biblioteca Universitaria



855275

BIG 860-3 HER des

COLECCIÓN
VERBOVIVO

2